

Mis compañeros de clase

Martes, 25

El chico que envió el sello al calabrés es el que más me agrada de todos. Se llama Garrone, y es el mayor de la clase; tiene cerca de catorce años, la cabeza grande y los hombros anchos; es bueno, lo que se advierte hasta cuando sonríe, y parece que piensa como un hombre. Ahora conozco ya a muchos de mis compañeros. Otro que también me gusta se llama Coretti; lleva un jersey color marrón oscuro y tiene una gorra de piel.

Siempre está alegre. Es hijo de un revendedor de leña que fue soldado en la guerra de 1866, de la división del príncipe Humberto, y dicen que tiene tres medallas. Está el pequeño Nelli, un chico jorobadito, endeble y descolorido. Hay uno muy bien vestido, que siempre se está quitando las motas de la ropa: Votini. En el banco delante del mío hay otro al que le llaman «el albañilito», por ser su padre albañil; de cara redonda como una manzana y de nariz chata. Tiene una habilidad especial para poner el hocico de liebre; todos le piden que lo haga, y se ríen; lleva un sombrero viejo, que guarda en el bolsillo como un pañuelo.

Junto al albañilito está Garoffi, un tipo alto y delgado, con la nariz de pico de loro y los ojos muy pequeños, que siempre anda traficando con plumas, estampas y cartones de cajas de cerillas; se escribe notas en las uñas para leerlas a hurtadillas cuando da la lección. Hay después un señorito, Carlos Nobis, que parece bastante orgulloso y se encuentra en medio de dos muchachos que me resultan simpáticos: el hijo de un herrero, enfundado en una chaqueta que le llega hasta las rodillas, muy pálido,

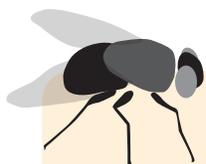
que parece estar enfermo, siempre con cara de asustado y que no se ríe nunca; y otro, rubio, que tiene un brazo inmóvil que lleva en cabestrillo; su padre fue a América y su madre es verdulera.

Es también un tipo curioso mi vecino de la izquierda, Stardi, pequeño y ordinariote, sin cuello y gruñón, que no habla con nadie y parece ser bastante torpe, pero está muy atento a las explicaciones del maestro, sin parpadear, con la frente arrugada y los dientes apretados; si le hacen alguna pregunta cuando habla el maestro, la primera y segunda vez no responde, y a la tercera da al entrometido un codazo o un puntapié. Tiene a su lado a un descarado, bastante sinvergüenza, que se llama Franti y que fue expulsado de otra escuela.

Hay dos hermanos, con vestidos iguales, que parecen gemelos y llevan sombrero calabrés con una pluma de faisán. Pero el mejor de todos, el más listo y que seguramente será también el primero este año, es Derossi. El maestro, que ya se ha dado cuenta, le pregunta siempre.

Sin embargo, yo quiero mucho a Precossi, el hijo del herrero, el de la chaqueta larga, que parece estar enfermo. Dicen que su padre le pega. Es muy tímido; cada vez que pregunta o tropieza con alguien, dice: «Perdona», y mira de continuo con ojos tristes y bondadosos. Garrone es, sin duda, el mayor y el mejor de todos.

Edmundo Amicis. *Corazón, Diario de un niño*



Las moscas

Vosotras, las familiares,
inevitables golosas,
vosotras, moscas vulgares,
me evocáis todas las cosas.
¡Oh, viejas moscas voraces
como abejas en abril,
viejas moscas pertinaces
sobre mi calva infantil!
¡Moscas del primer hastío
en el salón familiar,
las claras tardes de estío
en que yo empecé a soñar!
Y en la aborrecida escuela,
raudas moscas divertidas,
perseguidas por amor de lo
que vuela, —que todo es volar—,
sonoras rebotando en los cristales
en los días otoñales...



Moscas de todas las horas,
de infancia y adolescencia,
de mi juventud dorada;
de esta segunda inocencia,
que da en no creer en nada,
de siempre... Moscas vulgares,
que de puro familiares
no tendréis digno cantor:
yo sé que os habéis posado
sobre el juguete encantado,
sobre el librote cerrado,
sobre la carta de amor,
sobre los párpados yertos
de los muertos.



Inevitables golosas,
que ni labráis como abejas,
ni brilláis cual mariposas;
pequeñitas, revoltosas,
vosotras, amigas viejas,
me evocáis todas las cosas.



Antonio Machado. *Poesías completas*

Wo'o' pa jub'ey Cinco en uno

Un buen hombre llegaba al final de su vida. Cinco eran sus hijos. Ellos habían nacido el mismo día, a la misma hora y bajo la misma estrella. Sin embargo, cada uno tenía un brillo especial. Uno de los cinco tenía ojos y veía por todos; otro tenía orejas y escuchaba por todos; otro de los cinco tenía lengua y saboreaba por todos. El otro de los cinco, tenía nariz y olía por todos; el último de los cinco tenía una piel tan sensible que sentía por todos.

Al padre, un hombre bueno y justo, le habló esa noche el Ángel de la Vida y le dijo: —La vida te ha premiado, eres un padre afortunado—. Las semillas sembradas con fraternidad pronto florecerán con olor a hierbabuena. El padre, asombrado, relató el sueño a sus hijos. Ninguno lo comprendió.

Entonces la tortuga, con el peso del tiempo en su caparazón, susurró: —Existen seres que tienen ojos y no ven, oídos, pero no escuchan; olfato y no huelen; piel y no sienten; lengua y nunca saborean. La tortuga calló. El hermano de la piel sensible posó sus manos sobre el caparazón. La tortuga le habló.

Partieron entonces los cinco jóvenes en búsqueda de perfume de la hierbabuena. El de los ojos brillantes observó y entre mil caminos, el camino de la ruta verde encontró. El hermano de las orejas grandes escuchó, y entre mil ecos, la voz del viento obedeció.

Llegaron a una planicie. Todo era verde. El de los ojos brillantes, brillantes, se perdió entre el verde de los verdes. El de las orejas grandes se perdió entre las voces de los ecos. Pero el hermano de la nariz grande olió y entre mil olores perfumado de la hierbabuena aspiró.

Entonces dijo —El aire, airecito, con olor silvestre de hierbabuena se perfumó.

El hermano de la piel tersa palpó y entre mil texturas, la hojita perfumada de la hierbabuena halló. —Pruébala...— le dijeron los cuatro y éste la probó.

Mientras tanto, el aire del pueblo, del hombre justo, se perfumó. Y unidos en un abrazo fraterno, los cinco hermanos en uno sólo se convirtieron.

El Libro de Cristal

Las ranas

Cierto día de verano una rana dijo a su compañero:

—Temo que la gente que vive en aquella casa de la costa esté molesta por nuestro canto.

Y su compañero respondió:

—Bueno, ¿acaso no nos molestan ellos con sus conversaciones durante nuestro silencio diurno?

—No olvidemos que a veces cantamos demasiado por la noche -dijo la rana.

—No olvidemos que ellos charlan y gritan mucho más durante el día -respondió su amigo.

Dijo entonces la rana:

—¿Y qué hay del escuerzo que molesta a todo el vecindario con su croar prohibido por Dios?

—Mas —replicó su amigo—, ¿qué me dices del político y el sacerdote y el científico que llegan a estas costas y pueblan el aire con molestos ruidos?

—Bien —dijo entonces el primero—, pero seamos mejores que estos seres humanos. Guardemos silencio por la noche y mantengamos las canciones en nuestros corazones, aún cuando la luna reclame nuestro ritmo y las estrellas nuestra rima. Al menos callemos por una noche, o dos, o aún por tres noches.

—Muy bien —dijo su compañero—, estoy de acuerdo. Veremos qué nos trae después tu generoso corazón.

Aquella noche las ranas callaron y permanecieron silenciosas la noche siguiente y nuevamente la tercera noche.

Y, aunque resulte difícil de relatar, la mujer charlatana que vivía en la casa junto al lago bajó para el desayuno al tercer día y gritó a su marido:

—No he dormido estas tres noches. Me sentía segura durmiendo con el canto de las ranas en mis oídos. Pero algo debe haber sucedido, pues no han cantado por tres noches. Estoy casi medio loca por falta de sueño. La rana oyó esto y volviéndose hacia su compañero, dijo guiñando un ojo:

—Y nosotros casi enloquecemos por nuestro silencio, ¿no es cierto? Y su compañero respondió:

—Sí, el silencio de la noche pesaba sobre nosotros, y ahora me doy cuenta de que no es necesario cesar nuestro canto por la comodidad de aquellos que necesitan llenar su vacío con ruidos.

Y aquella noche la luna no reclamó vanamente sus ritmos, ni las estrellas sus rimas.

Jalil Gibrán